

XV.

Cómo se portó el rey de Navarra la primera vez que se halló en un combate.

El pequeño ejército avanzó hasta situarse á dos tiros de cañón de la ciudad, y se detuvo para almorzar.

Después del almuerzo se concedieron dos horas de descanso á los oficiales y soldados.

A las tres de la tarde, es decir, como unas dos horas antes de anochecer, el rey mandó llamar á todos los oficiales á su tienda.

Enrique estaba muy pálido, y al paso que gesticulaba, temblaban sus manos tan visiblemente

que sus dedos parecían los de unos guantes puestos á secar.

— Señores, — dijo, — hemos venido á tomar á Cahors, y supuesto que solo hemos venido á eso, es preciso apoderarnos de esta ciudad; pero debemos apoderarnos de ella á viva fuerza, ¿lo oís? Es decir, oponiendo nuestros cuerpos al hierro y al fuego.

— No está mal dicho, — dijo mentalmente Chicot comentando el discurso, — y si el gesto no desmintiese las palabras, no podría exigirse más al mismo señor de Grillón.

— El mariscal de Birón, — prosiguió Enrique, — que ha jurado ahorcar hasta el último hugonote, se halla acampado á cuarenta y cinco leguas de aquí, y á estas horas es muy probable que haya recibido aviso del señor de Vesins noticiándole nuestra llegada á la vista de Cahors; de modo que dentro de cuatro ó cinco días amenazará nuestra relaguardia, y como tiene diez mil hombres, nos encontraremos entre él y la ciudad. Tomemos, pues, á Cahors antes que venga, y en seguida le recibiremos, como el señor de Vesins se prepara á recibirnos, aunque, según me figuro, con mayor

fortuna; en caso contrario tendrá al menos á su disposición buenos maderos católicos para ahorcar á los hugonotes, y no nos negaremos á proporcionarle esta satisfacción. ¡Ea, señores, á la obra! voy á ponerme á vuestra cabeza; y cuidado con descargar recios golpes, menudeándolos como si granizase!

Á esto se redujo la real alocución; pero su elocuencia parecía suficiente, pues los soldados contestaron con entusiastas aclamaciones y los oficiales con frenéticos bravos.

— Buen parlanchín, como gascón, — dijo Chicot en voz baja: — ¡fortuna tiene en que no se hable con las manos! pues habría tartamudeado bien. Pero ya le veremos en la obra.

Las tropas se movieron al punto á las órdenes de Mornay, para ocupar sus respectivas posiciones, y durante esta maniobra el rey se acercó á Chicot.

— Perdóname, amigo Chicot, — le dijo, — si te he engañado hablándote de cacerías, de lobos y de otras simplezas, pues he debido hacer lo que hago ahora, y esa ha sido siempre tu opinión, supuesto que repetidas veces me has dicho que el rey Enrique no quiere pagarme el dote de su hermana

Margarita, al paso que Margarita llora y suspira por poseer á Cahors. Ya sabes que es preciso hacer lo que quieren las mujeres, si ha de conservarse la paz en los matrimonios; por lo tanto, querido Chicot, voy á tratar de apoderarme de Cahors.

— ¿Cómo es que la reina no os pide que conquistéis la luna, ya que sois un marido tan complaciente? replicó Chicot picado ya de las bromas del Bearnés.

— Hubiera procurado darle gusto, Chicot, porque quiero tanto á Margarita...

— ¡Oh! Creo que Cahors os dará bastante qué hacer, y deseo ver cómo salís del paso.

— Á ese punto quería yo precisamente ir á parar. Escucha, amigo Chicot: este momento es terrible y sobre todo desagradable: yo no confío mucho en mi espada, porque no soy valiente, y la naturaleza tiembla en mí á cada arcabuzazo. Chicot, amigo mío, no te burles demasiado del pobre Bearnés, que es al fin tu compatriota y buen camarada; si tengo miedo y lo notas, al menos no lo digas.

— ¿Si tenéis miedo, habéis dicho?

— Sí.

— ¿Conque teméis tener miedo?

— Sin duda.

— Pero, ¡ con mil demonios! ya que no sois guerrero ni por temperamento ni por carácter, ¿ por qué os metéis en esas danzas?

— ¡ Hombre! cuando es preciso...

— El señor de Vesins es un capitán terrible.

— Demasiado lo sé; por vida mía!

— Y á nadie da cuartel.

— ¿ Lo crees así, Chicot?

— Estoy segurísimo; poco le importan plumas blancas ó encarnadas, pues á todo responde ¡ fuego!

— Eso lo dices porque llevo penacho blanco.

— Sí por cierto, y como sois el único que lo usáis de ese color...

— ¿ Y qué?

— Os aconsejo que lo quitéis, señor.

— Es que como lo he puesto para que me reconozcan, resulta que si lo quito...

— ¿ Qué?

— Que no conseguiré mi objeto.

— Es decir, que á pesar de mi consejo...

— Dices bien, no puedo desprenderme de él.

Y al pronunciar estas palabras que indicaban una

resolución irrevocable, temblaba el rey mucho más que cuando arengaba á sus oficiales.

— Vamos, — dijo Chicot que nada comprendía de aquella manifiesta contradicción entre la palabra y el gesto, — vamos, todavía es tiempo, señor; no hagáis locuras. Es imposible que montéis á caballo en semejante situación.

— ¿ Conque estoy tan pálido, Chicot ?

— Como un muerto, señor.

— Bueno, — dijo el rey.

— ¡ Cómo bueno !

— Sí, sí, yo me entiendo.

Al mismo tiempo se dejó oír el estampido del cañón acompañado de furiosa mosquetería: así contestaba el señor de Vesins á la intimación de rendirse que le había hecho Duplessis-Mornay.

— ¡ Hola ! — dijo Chicot. — ¿ Qué os parece de esa música ?

— Que me ocasiona un frío insoportable en la médula de los huesos, — respondió Enrique: — ¡ vamos, caballo mío ! — añadió con duro y des-templado acento.

Chicot le contemplaba atónito sin poder comprender el extraño fenómeno que tenía á la vista.

Enrique montó á caballo, pero lo hizo en dos tiempos.

— Vamos, Chicot, — dijo en seguida, — á caballo tú también... Tú no eres tampoco hombre de armas tomar, ¿ eh ?

— No, señor.

— Pues bien, ven conmigo y tendremos miedo juntos; ven á ver el fuego, amigo mío, ven. ¡ Un buen caballo para el señor Chicot !

Éste se encogió de hombros y montó sin pestañear un soberbio caballo español que le presentaron conforme á la orden que acababa de dar el rey.

Enrique partió al galope, Chicot le siguió, y al llegar al frente de su pequeño ejército, el rey levantó la visera de su casco.

— ¡ Desplegar la bandera ! ¡ Mi bandera nueva ! — gritó con voz temblorosa.

Sacaron de su funda la bandera nueva, que ostentaba el doble escudo de armas de Navarra y de Borbón, y la desplegaron majestuosamente al viento. Su fondo era blanco; y de un lado se veían las cadenas de oro sobre azul, y del otro las flores de lis de oro con el lambel cruzado.

— Hé ahí una bandera, — dijo Chicot aparte, — que temo ha de ser estrenada con poca fortuna.

En aquel momento, y como respondiendo al pensamiento de Chicot, oyóse el estampido del cañón de la plaza derribando una fila entera de infantería á diez pasos del rey.

— ¡Ira de Dios! — exclamó éste. — ¡Has visto eso, Chicot? Parece que la cosa va de veras.

Y sus dientes castañetearon.

— Se va á desmayar, — pensó Chicot.

— ¡Ah! — murmuró Enrique. — ¡Tienes miedo, maldito esqueleto! ¡Tiemblas y te estremeces! ¡Aguarda, aguarda! que te voy á hacer temblar con motivo!

Y metiendo ambas espuelas en los ijares de su caballo blanco, se adelantó á los jinetes, á la infantería y artillería, llegando á situarse á cien pasos de la plaza que parecía un infierno con el fuego de las baterías que disparaban sin cesar desde lo alto de las murallas con un estruendo como el de una borrasca, y que se reflejaba sobre su armadura como los rayos del sol en su ocaso.

Allí mantuvo inmóvil su caballo por espacio de

diez minutos, con la cara vuelta hacia la puerta de la ciudad, y gritando:

— ¡Las fajinas! ¡las fajinas con mil demonios!

Mornay le había seguido, con la visera levantada y espada en mano.

Chicot imitó á Mornay; había dejado que le pusieran una coraza, pero no desenvainó la espada.

Detrás de estos tres personajes, corrieron, exaltados por el ejemplo, los jóvenes caballeros hugonotes gritando furiosamente:

— ¡Viva Navarra!

Á su frente marchaba el vizconde de Turena con una fajina sobre el pescuezo de su caballo.

Todos echaron su fajina en el foso del puente levadizo, y lo cegaron en un instante. En seguida, se arrojaron impetuosos los artilleros, y perdiendo treinta hombres de cuarenta, lograron colocar sus petardos bajo la puerta.

La metralla y la mosquetería silbaban como un huracán de fuego en torno de Enrique, y en menos de un minuto cayeron á su lado veinte hombres.

— ¡Adelante! ¡adelante! — gritó lanzando su caballo en medio de los artilleros.

Y llegó al foso en el momento de reventar el primer petardo abriendo la puerta en dos partes.

Los artilleros dieron fuego al segundo petardo, que abrió un nuevo boquete en la madera; pero en aquel instante salieron por la triple abertura veinte arcabuceros vomitando balas sobre los soldados y los oficiales.

Alrededor del rey caían hombres como espigas bajo la hoz del segador.

— Señor, — decía Chicot, sin pensar en sí mismo. — ¡ Por la Virgen Santísima! ¡ retiraos!

Mornay nada decía, pero no disimulaba el orgullo que le causaba su discípulo, y de vez en cuando trataba de cubrirle con su cuerpo; mas Enrique le separaba con un movimiento nervioso.

De repente sintió Enrique bañarse su frente de sudor y que sus ojos se obscurecían por una densa nube.

— ¡ Ah! ¡ maldita naturaleza, — gritó, — no se dirá que me has vencido!

Luego, apeándose, añadió con furor:

— ¡ Un hacha! ¡ un hacha!

Y con vigoroso brazo rechazó los cañones de los

arcabuces, hizo pedazos las cadenas y arrancó los enormes clavos de bronce.

En fin, se desprendió una viga, arrastrando consigo una de la puerta y un lienzo de la muralla, y al punto se precipitaron á la brecha cien hombres gritando:

— ¡ Navarra! ¡ Navarra! ¡ Cahors es nuestra!
¡ Viva Navarra!

Chicot no se había separado del rey, y ambos se hallaban bajo el arco de la puerta por donde Enrique había entrado de los primeros; pero á cada arcabuzazo temblaba y bajaba la cabeza.

— ¡ Por vida del demonio! — decía Enrique furioso. — ¡ Has visto nunca semejante cobardía, Chicot?

— No, señor, — replicó éste; — no he visto en mi vida uno tan cobarde como vos: es espantoso.

En este momento, los soldados de Vesins intentaron desalojar á Enrique y su vanguardia de la puerta que habían conquistado y de las casas inmediatas.

Enrique los recibió espada en mano, pero los sitiados triunfaron, y lograron arrojar al rey y su gente al otro lado del foso.

— ¡ Ira de Dios ! — exclamó el rey. — ¡ Parece que mi bandera recula ! ¡ En ese caso yo mismo la llevaré !

Y arrancando su bandera con sublime esfuerzo de manos del que la llevaba, la hizo ondear en el aire, y entró el primero en la plaza, medio envuelto en sus flotantes pliegues.

— ¡ Ten ahora miedo ! — decía. — ¡ Tiembla ahora, cobarde !

Las balas silbaban y se aplastaban contra su armadura con un ruido estridente, y agujereaban la bandera con un ruido seco y sordo.

Turena, Mornay y otros mil se arrojaron á la puerta siguiendo al rey.

El cañón de las murallas cesó sus fuegos, porque la pelea debía ya decidirse frente á frente y cuerpo á cuerpo.

Se oyó en los muros ruido de armas, resonaron algunos tiros de arcabuz y de mosquetes, y por último, se presentó el señor de Vesins, gritando :

— ¡ Cortad las calles ! ¡ formad barricadas ! ¡ defendeos en las casas derribando tabiques !

— ¡ Oh ! — le dijo el señor de Turena, que estaba bastante cerca de él para oírle, — el sitio

de la ciudad se ha concluido, mi pobre Vesins.

Y como por vía de apéndice á estas palabras, le disparó un pistoletazo con tanto acierto, que le hirió en un brazo.

— Te equivocas, Turena, te equivocas, — respondió el señor de Vesins, — porque Cahors necesita veinte sitios ; de modo que, si habéis dado fin á uno, os faltan diez y nueve.

El señor de Vesins se defendió cinco días y cinco noches de calle en calle y de casa en casa.

Felizmente para la naciente prosperidad de Enrique de Navarra, había confiado más de lo que debía en las murallas y en la guarnición de Cahors, de modo que no pensó en pasar aviso al señor de Birón.

Durante cinco días y cinco noches mandó Enrique cual consumado capitán y combatió como un soldado ; durante cinco días con cinco noches durmió algunos ratos sirviéndole de almohada una piedra, y siempre se despertó con hacha en mano.

De día se conquistaba una calle, una plaza, un barrio ; de noche procuraba la guarnición recobrar lo que durante el día había perdido.

Por último, la noche del cuarto ó quinto día,

cansado ya el enemigo, proporcionó algún reposo al ejército protestante. Enrique entonces le atacó con furor forzando un puesto atrincherado que costó setecientos hombres: casi todos los buenos oficiales quedaron heridos; el señor de Turena recibió un arcabuzazo en la espalda, y Mornay una pedrada en la cabeza, que pudo muy bien haberle dejado en el sitio.

El rey fué el único que salió ileso; al miedo que había experimentado en un principio, y que con tanta heroicidad había vencido, sucedió en su alma una agitación febril, una audacia casi insensata: todos los lazos de su armadura habían cedido tanto á sus propios esfuerzos como á los golpes de sus contrarios, y descargaba golpes tan terribles, que nunca hería á sus enemigos, sino que los mataba.

Forzado el último punto, entró el rey en la población seguido de su Chicot, que, silencioso y sombrío, contemplaba hacia ya cinco días con indecible desesperación el fantasma aterrador de una monarquía nueva que se levantaba para hundir la monarquía de los Valois.

— Vamos, ¿ qué piensas? — le dijo el rey le-

vantando la visera de su casco y como si hubiese podido adivinar los pensamientos que agitaban al pobre embajador.

— Señor, murmuró Chicot con tristeza, — estoy pensando en que sois un verdadero monarca.

— Y yo, señor, — exclamó Mornay, — digo que sois un imprudente. ¡ Qué es eso! Sin guanteletes y con la visera alzada cuando todavía os hacen fuego de todas partes!... ¡ Hé aquí aun que nos llega otra bala!

En efecto, una bala cruzó silbando sobre el casco de Enrique y tronchó una pluma de su cimera.

Al mismo tiempo, y como para confirmar la justicia de las observaciones de Mornay, se encontró el rey cercado por diez arcabuceros de la escolta particular del gobernador, quien los había emboscado en aquel sitio porque eran excelentes tiradores.

El caballo del rey quedó muerto en el acto y el de Mornay cojo.

El rey cayó, y diez espadas se desenvainaron contra él.

Chicot era el único que permanecía á caballo, pero se arrojó al suelo, se colocó delante del rey,

é hizo con su tizona un molinete tan rápido, que regularon los enemigos más próximos.

Levantando en seguida á Enrique, que se veía envuelto entre los arreos de su caballo, y llevándole al que el mismo Chicot montaba, le dijo :

— Señor, haréis presente al rey de Francia que si he desenvainado la espada contra él, á nadie he tocado con ella.

Enrique atrajo hacia sí á Chicot, y le abrazó llenándosele de lágrimas los ojos.

— ¡ Ira de Dios ! — le dijo, — serás mío, Chicot, y vivirás y morirás conmigo ; mi servicio es tan bueno como mi corazón.

— Señor, — contestó Chicot, — no puedo servir en el mundo á nadie más que á mi príncipe. ¡ Ah ! su estrella va eclipsándose ; pero seré fiel á su adversa fortuna, ya que no he querido participar de la próspera : dejadme, pues, servir y amar á mi rey mientras viva : pronto seré ya el único que le acompañe, y no debéis envidiarle su último servidor.

— Chicot, — replicó Enrique, — os repito mi promesa : sois para mí una persona querida y sa-

grada, y después de Enrique de Francia os quedará siempre Enrique de Navarra por amigo.

— Sí, señor, sí, — respondió solamente Chicot besando con respeto la mano del rey.

— Ya lo estás viendo, amigo mío, — añadió éste : — Cahors está en mi poder ; tal vez ese Vesins hará perecer toda su gente ; pero estoy resuelto también á que quede sepultada aquí toda la mía primero que retirarme.

Aquella amenaza era inútil : Enrique no tenía necesidad de obstinarse por más tiempo, pues sus tropas, guiadas por el señor de Turena, acababan de acorralar á la guarnición, y el señor de Vesins estaba prisionero.

La ciudad por consiguiente quedó conquistada.

Enrique cogió á Chicot de la mano y le condujo á una casa incendiada y acerbillada á balazos que le servía de cuartel general : allí dictó á Mornay una carta que Chicot debía llevar al rey de Francia.

Dicha carta estaba redactada en mal latín, y concluía con estas palabras :

Quod mihi dixisti profuit multum. Cognosco meos devotos : nosce tuos. Chicotus cætera expedit.

Que quería decir :

« He sacado mucho provecho de lo que me dijiste. Conozco á los que me son fieles : conozco á los que lo son para tí. Chicot te explicará lo demás. »

— Y ahora, amigo Chicot, — dame un abrazo, y cuidado con que te manches, porque ¡ Dios me perdone ! estoy lleno de sangre como un carnicero. De buen grado te ofrecería una parte de la caza que hemos hecho, si no leyera en tus ojos que te negarías á tomarla ; pero hé aquí mi sortija, Chicot ; tómalala, pues lo exijo, y vete, supuesto que no te detengo más : vete, vete á Francia, en cuya corte excitarás gran curiosidad refiriendo lo que has visto.

Chicot aceptó la sortija y salió de Cahors, pero tardó tres días en persuadirse que no era un sueño cuanto le había pasado, del cual no despertaría en París al ver las ventanas de su casa, delante de la cual daba el señor de Joyeuse magníficas serenatas.

XVI.

De lo que pasaba en el Louvre casi al mismo tiempo que Chicot entraba en la ciudad de Nerac.

La necesidad en que nos hemos hallado de seguir á nuestro amigo Chicot hasta el fin de su espinosa comisión, nos ha distraído largo tiempo, y por ello pedimos mil perdones á nuestros lectores, separados del palacio del Louvre.

Sin embargo, no sería justo que olvidásemos por más tiempo los detalles de la empresa de Vincennes, y la persona que había sido el objeto de ella.